

te del Católico, y sin contar con capitanes que dirigirían la contienda.

Pero los Reyes contestan a Cisneros con una carta de duros términos, acusándole de mala fe, sin tener en cuenta los antecedentes del Arzobispo, su rectitud, su llaneza, la nobleza de sus palabras, que son suficientes para disipar cualquier leve sombra de felonía ni mala intención.

El 5 de marzo D. Juan pone en la frontera, en pie de guerra, 14.000 hombres, en espera del deshielo para cruzarla. Al mismo tiempo son detenidos todos los correos españoles que tratan de venir e ir a Flandes por Francia, mientras Cisneros enviaba tropas a Navarra, «cuantas podía y a gran prisa», a cuyo frente puso al intrépido Coronel Fernando de Villalba, valeroso soldado criado en la guerra, hidalgo pobre de gentil disposición, suelto y mañoso, nacido en Plasencia, y cuyas aventuras en los Tercios de Italia con el Gran Capitán asombraron a Europa entera. En un mismo día tuvo un desafío con un español, un alemán y un corso, dejando a los tres fuera de combate. En la conquista de Navarra mandó un cuerpo de 3.000 hombres, quedando gravemente herido de un cañonazo, sin querer, por ello, abandonar la pelea. Por estos méritos le hizo el Rey Caballero de Santiago.

Se le designó el paso de las montañas, oponiendo 3.000 castellanos a 15.000 franceses y navarros, y el 23 de marzo el Mariscal D. Pedro de Navarra pasó los puertos por Isaba, en Valderroncal, saliéndole al encuentro Villalba con 1.500 hombres, que desbarataron fácilmente las fuerzas enemigas, mucho más numerosas, como se ha dicho, cayendo prisionero hasta el mismo Mariscal y otros muchos grandes señores, de modo que «ningún caballero quedó por prender, y otra mucha gente e impedimenta, y así lo de Navarra queda atajado y no hay ya memoria de guerra si Francia no viene a ello. Don Fadrique partió el miércoles (26 marzo) a socorrer a San Juan de Pie de Port, creyéndose que la socorrería y sin pelear, porque alzarán el cerco sabida esta nueva de tanta pérdida». «Por ogaño, está hecha la guerra de Navarra; loado Nuestro Señor».

Al saber el Rey la nueva del desastre, alzó precipitadamente el cerco y se retiró a sus estados de Bearne, sin esperanzas de volver a subir al trono de Navarra, muriendo triste y olvidado poco tiempo después, el 17 de junio de aquel año. El Mariscal de Navarra y otros grandes señores de categoría fueron encerrados en el inhóspito castillo de Atienza, que aún desafían hoy al tiempo sus carcomidas ruinas en alto otero de aquel pueblo caracense.

También se le achacaron falsamente a Cisneros la orden de dejar todas las tierras de Navarra yermas, sin permitir que se labrasen, para que sirvieran solamente para pastos; y sacar a los navarros de su tierra y expulsarlos como a los moriscos, aserciones que rechaza «a priori» el buen sentido y la crítica histórica, afirmación que, aparte de ir contra la verdad, sólo han servido para sembrar inquietudes en las relaciones de pueblos hermanos. Lo que ocurre es que el vencedor es siempre odioso y se le mira como enemigo, pero Cisneros procuró por todos los medios evitar mayores daños, molestando lo menos posible a los naturales; y cuando el Rey, desde Flandes, propone mandarle 3.000 alemanes para que los emplease en sujetar a Navarra, el patriota Cisneros previó las vejaciones y molestias que el digno pueblo navarro va a padecer con la soldadesca extranjera y disuade a Carlos de dicha empresa, y aún llega más allá todavía al sacar de Navarra 800 lanzas para aposentarlas en Valladolid y tierras de Campos, por no ser necesarias allí, y porque el reino de Navarra esté más descansado y su gente tenga los mantenimientos en mejor precio y más abundancia. Pero todavía va más allá el Regente, pues habiendo visto los de Flandes, sin buen acierto, poner por alcaide de Pamplona a un aragonés, llamado He-

rrero, de no muy buen temperamento, escribe al Rey suplicándole lo quite para no ofender a los navarros, los cuales eran, de tiempo antiguo, enemigos de los aragoneses.

También se le acusa del trato duro dado al Mariscal en Atienza, al oponerse al traslado al castillo de Medina. Pero resulta que esta fortaleza tenía poca seguridad para los presos y, además, abundaban por allí muchos amigos de aquel personaje, siendo muy importante tenerlo a buen recaudo, medidas que, en carta, ratifica Carlos V al Regente, pues deseaba que las cosas de Navarra perduraran en gran paz y quietud. Al Mariscal se le tenía bien guardado y bien tratado, con los respetos debidos.

A los ocho meses de encierro se le trasladó a Simancas, hasta que en 1523 se mató con un pequeño cuchillo «con que se dió por la garganta», aunque hay quien lo niega.

Pero lo que más enemiga acarreó a Cisneros fué la demolición de las fortalezas navarras, para poner punto final a los intentos de rebelión del anexionado reino. En ello vemos una serena visión de la realidad que asombra, derrocando castillos y muros de las plazas de Navarra, en previsión de tumultos y desafueros que, al abrigo de sus plazas fuertes, solieran cometer las banderías, ahorrando al mismo tiempo al tesoro nacional el gasto de inútiles guarniciones que mantener para la seguridad de dichas plazas fuertes.

Para tomar estas medidas no contó con Flandes, abrogándose para él solo la responsabilidad de estas medidas, resolución tremenda que se ejecutó con una puntualidad y rapidez asombrosas (*), originando con ello una especie de dolorosa postguerra, harto odiosa, a los naturales, que acusaban al Cardenal incluso de sacrilego, porque en la demolición se incluyeron algunas iglesias, como el venerado santuario de San Francisco de Olite, medida violenta y dolorosa, pero muy necesaria, aunque fueran de efectos morales, deprimentes y abrumadores, pues al ver a Castellanos al frente de sus Plazas principales desmanteladas y reducidas a escombros, los testigos más autorizados de las tradiciones populares atesoraron grandes y enconados odios contra el Arzobispo.

Desde el punto de vista de la utilidad social y política, este golpe del Regente fué el que decidió la permanencia de la unión de Navarra con Castilla, terminando así las luchas civiles, que traían fatigada a Navarra hacia más de medio siglo, siguiéndose después una gran paz, que terminó con todos los dolores de unos y otros; y cuando cinco años después el general francés Asparros, aprovechándose de la guerra de las Comunidades con Carlos V, se apoderó de Pamplona, llegando hasta Logroño, los castellanos volvieron sobre el francés, aniquilándole en la batalla de Nacín y haciéndole repasar la frontera a toda prisa por no tener plazas fuertes en qué apoyarse.

España engrandeció a Navarra y, a su vez, se engrandeció con ella, a lo que contribuyó el valeroso Duque de Nájera, y que fué nombrado Capitán General y Virrey de aquella región, acertada medida del Cardenal, ya que dicho Duque gobernó con discreta blandura, pero mezclada con digna firmeza.

MUERE EL CORONEL VILLALBA

En el mes de julio murió este ilustre guerrero, brazo ejecutor de Cisneros en Navarra; y acusado de instigar al Cardenal en la demolición de fortalezas, de haberse

(*) El autor ha podido personalmente, en la visita que hizo al castillo de Javier el año 1960, que aún se guarda allí un injustificado encono hacia el Cardenal por ciertos elementos poco patriotas, ¡¡¡y han transcurrido cuatro siglos!!!

excedido en la represión de los navarros antiespañoles y de haber destruido varios templos-fortalezas donde se hacían fuertes los navarros.

Su muerte, dado el odio que sus enemigos le tenían, fué envuelta en el misterio, tal vez envenenado en un ágape al que le invitó el Condestable, cuya familia, desde hacía un siglo, reparaba poco en los medios traidores para deshacerse de sus enemigos. Pero este aserto no tiene serio fundamento histórico, ya que parece más verosímil muriera de apoplejía cuando se disponía a comer con su esposa, en cuyos brazos cayó fulminado el 22 de julio de 1516.

A su hijo se le proveyó con la tenencia de Estella, en recompensa de los servicios del padre, aunque por su temprana edad pusieron entre tanto, al frente, a D. Pedro Vélez de Guevara.

Todos estos afanes de Cisneros por conservar Navarra estuvieron a punto de perderse en el tratado de Noyón, pues Francisco I, desesperado de recuperarla por la fuerza, intentó hacerlo por negociaciones en el tratado llamado de «paz universal», negociaciones que, por mala fe de ambas partes, no se llevó a término, escribiendo Cisneros a Flandes para advertir a Su Alteza «que no se debe de fiar de los franceses aunque haya paz con ellos, porque nunca los franceses la guardan estándoles otra cosa mejor».

Con esto se demuestra la videncia del Cardenal respecto al pueblo «galo», que se ha venido confirmando a través de los tiempos. Sólo a la muerte de Cisneros, y con los dineros que él dejó, se pagaron a Francia las cien mil coronas estipuladas en el contrato, mientras que, al mismo tiempo, murió la Reina Catalina, ocurriendo otros graves sucesos que desbarataron las negociaciones.

Gracias a Cisneros podemos dar, y agradecidos a su acertada política con que defendió aquel reino, que, de no haber sido así, hoy formaría parte del territorio francés, contra toda ley étnica e histórica.

En el anecdotario del Cardenal se refiere el siguiente hecho, ocurrido por este tiempo, y que revela su varonil y enérgica entereza: le envió el Rey de Francia un embajador, harto soberbio y presuntuoso, que se «atrevió a pedir Navarra para su amo, amenazándole con que, de no hacerlo así, entraría el Rey de Francia en España y se apoderaría no sólo de Navarra, sino hasta de Madrid. Calló el Regente, frunció como de costumbre el entrecejo e, invitando al embajador a entrar en una sala donde se apilaban sacos de mil y veinte cuantos de maravedís del Real Patrimonio, ordenó a unos criados que les dieran de navajadas, y al derramarse las monedas en ríos del amarillo metal, exclamó: «Decid a vuestro soñador Rey que con este oro y este cordón, si viene él a Navarra, iré yo a darle la batalla a París». El francés calló prudentemente (no le quedaba otra salida), recordando lo caras que le habían costado sus varias entradas.

El anciano y bizarro gobernante escribía al mismo tiempo a Su Alteza, diciéndole «que teniendo el reino de Navarra, que es la puerta de Francia, más presto será Su Alteza en París; que el Rey de Francia pueda hacer la menor cosa del mundo y que tiene aparejo para tomarle el reino cuando quisiere». Años más tarde es de todos conocido el Rey Francisco I, prisionero en Madrid del Emperador, que le hizo besar el polvo de nuestro suelo con la más completa derrota, para humillación de su orgullo y soberbia.

30.—ES PROCLAMADO CARLOS V.—PODERES DE CISNEROS Y LEGALIZACION DE SU AUTORIDAD POR EL REY.—SUBLEVACION DE MÁLAGA.—JUSTICIA DE SU GOBIERNO.—VELEÑA, VILLAFRADES Y MONTEAGUDO.—DOÑA GERMANA Y SUS PRETENSIONES.—SUS LUCHAS CON FLANDES Y SUS ÁULICOS.—CISNEROS FRENTE A ROMA.

Todos estos trastornos reseñados y otros que estaban flotando en aquella enrarecida atmósfera hicieron comprender a Cisneros la imperiosa necesidad de revestirse de fuerte autoridad para mantener el orden y la paz. Pero reconocía que le faltaba el dominio y la superioridad de los poderes estables y legales; que ni el testamento del Católico, ni la voluntad del príncipe, «aún no jurado Rey», eran suficientes. Pero un imprevisto acontecimiento vino a robustecer su autoridad y la de Carlos, al pretender éste, prematuramente, ser proclamado Rey, pretensión caprichosa e ilegal, en vida de su madre, la legítima Reina.

Pero Cisneros, prototipo de la genuina estirpe española, es un símbolo de alta diplomacia, y su admirable habilidad de consumado político supo conducir el negocio sin atraerse la animadversión del Rey ni del Consejo del Reino.

Apenas murió el Católico, los de Flandes aclamaron a Carlos por Rey de España, hecho que fué aceptado incluso por el Pontífice, aconsejándole todos que se intitulase «el sólo Rey, por los muchos inconvenientes que, de no lo hacer, se podían seguir». ¿Cuál fué la opinión de Cisneros en el asunto? Pues que no le agradó mucho, por un lado, dado el respeto que debe el hijo a la madre; pero dado el lastimoso estado de la pobre Reina, que podía considerarse como muerta, optó por proclamar al hijo, cediendo a la imposición de las circunstancias, manifestándose por ello como un consumado y prudente gobernante.

El Consejo de Castilla allí reunido se opuso, en principio, a la proclamación de Carlos como Rey de España, a lo que les contestó Cisneros, con noble altivez: «No os reúno para consultaros, sino para obedecer», gesto de discreta arrogancia con que dichas frases fueron pronunciadas, que evidencia la entereza del nuevo Regente y la firme convicción que tenía de sus deberes ante la oligarquía de los grandes. Pero éstos, comprendiendo que no había otro remedio y que no se haría otra cosa, aunque imponer a la Nación la proclamación de un Rey sin el requisito de las Cortes, y previo juramento de los fueros y libertades, era empresa peligrosa y demasiada osada, y así descargaron ellos su conciencia.

Se convocó la junta, y en su memorable sesión propuso Cisneros al eminente Dr. Carvajal que apoyase la tesis de la conveniencia o no de dar al Príncipe el título de Rey, y después de aducir casos semejantes ocurridos en otras ocasiones, dada la locura de su madre y las muchas discrepancias de pareceres de dicha junta, que llegó hasta el tumulto, dieron ocasión a que el Cardenal se levantara casi enojado diciendo «que no se había de hacer otra cosa, sino lo que el Rey mandaba ni lo consentiría», y llamando al Corregidor de Madrid hizo alzar pendones por el Rey, diciendo: «Real, real por el Rey Don Carlos, nuestro señor».

Nadie se atrevió a contradecirle, y disolviendo la sesión salió diciendo: «No hay deseos de servir a quien se dificulta dar el título de Rey».

A raíz de esto, se convino en poner en práctica y por puro formulismo, en los despachos que se librasen, la siguiente leyenda: «Doña Juana y Don Carlos, su hijo, Reina».

Las demás provincias siguieron el ejemplo de Madrid, alzando pendones, a excepción de Zamora, que lo hizo pasado un mes.

(Continuará.)

das bibliotecas de su tiempo, y en la plaza de Armas, más que el estruendo de los preparativos guerreros, resonaron los sonetos y las serranillas del marqués poeta.

En este castillo renacentista anidó el amor. Su patio, de estilo gótico, donde se iban alineando los escudos de los Mendoza, de los Vega, de los Luna, conoció de endechas, de suspiros y de anhelos amorosos. El amor entró de lleno por sus arquivadas y por sus miradores, y como el amor no conoce frenos, selló también aquellas piedras con la huella del escándalo y el impulso amoroso que anidaba en el castillo llegó hasta Roma. La reina Isabel vió torturada su conciencia por los conflictos que la llegaban del castillo, y los vagidos infantiles que trascendían de sus piedras ponían inquietud en la Corte y en la curia romana.

Pero los sentimientos y las pasiones mueren con los hombres. Sus obras son las que quedan, y aquel ambiente de poesía y amor que conoció el castillo del Real de Manzanares ha quedado en las páginas de la pequeña historia como un accesorio de lo perdurable. Las piedras que se alzaron bajo la inspiración y la dirección del gran artífice del plateresco Juan Guas, el mismo que concibió San Juan de los Reyes, quedan en pie para ornato de un bello paisaje madrileño y para que a través de los siglos se evocuen, a su sombra, la poética figura de su fundador y las escaramuzas amorosas de sus descendientes.

El paso de los años desgasta la fortaleza de una roca. El paso de las horas marchita la pureza de una rosa. Aquel señero castillo, que nació de una estoica atalaya, y que el marqués, que leía a Plautio y Terencio, imaginara quizás que se iba a incorporar a la epopeya de la Reconquista y que luego se convirtió en nido de Eros y se sintió en su pétrea estructura ese paso ineludible del tiempo. Sufrió devastaciones y pillajes. Parte de su arquitectura se desmoronó, pero su traza, evocadora de otros tiempos y de otros ambientes, aún se alza a las puertas de Madrid. A 46 kilómetros de la capital, como un adelantado de esa fortaleza natural que es la sierra de Guadarrama, se yergue el castillo cuadrangular, con torres cilíndricas y adornos mudéjares. Su piedra granítica, sus torres y almenas, su vestibulo con saeteras y su ruिनosa plaza de Armas, nos hablan de un destino guerrero frustrado. Pero a la sombra de esas piedras se evoca el espíritu refinado de su creador; parece que allí tiene una mayor resonancia su estro poético y que una serranilla es como el colofón que pone fin a las ambiciones de una nobleza que llama a las puertas de la Historia con el aldabonazo del arte. Y el arte del marqués de Santillana y el de su arquitecto Juan Guas siguen extendiendo su sombra protectora sobre este paraje de la provincia de Madrid.

